

Creus Visiers, Eduardo y de Paz de Castro, Elena (Eds.). *Visiones de Italia (del fin de siglo a la Gran Guerra)*. Bibliotheca Iberica, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2024, 352 pp.

MARTA COVISA ANDARIAS  
*Universidad Complutense de Madrid*  
mcovisa@ucm.es  
ORCID: 0000-0001-6420-8810

LA IMPRESIÓN DE UN VIAJE puede reducirse a la constatación de un prejuicio más o menos bien asentado, o puede resultar en una reflexión profunda que acabe por modificar al impresionado. *Visiones de Italia. Del fin de siglo a la Gran Guerra* ofrece una recopilación de textos que varios autores españoles daban a la prensa para narrar al lector los viajes que, por un motivo u otro, llevaron a cabo por Italia en las décadas interseculares.

El volumen, compilado por Eduardo Creus Visiers y Elena de Paz de Castro, ha sido publicado dentro de la colección «Bibliotheca Iberica» de Edizioni dell'Orso, pensada para el lector especializado pero también como acercamiento accesible para un lector curioso por la producción escrita en lengua española. Estos textos tienen la ventaja de cumplir un interés de doble dirección tanto para el lector español como para el italiano, pues la comparación entre ambas culturas es, sin lugar a dudas, uno de los principales ejes que da sentido al conjunto. Provenientes del ámbito periodístico, en su mayoría crónicas, leemos en ellos un presente que para nosotros es ahora histórico pero que, como no podía ser de otro modo, se mezcla con el peculiar atractivo de poder reconocer en la actualidad lugares y situaciones, al tiempo que asistimos al desfile de los cambios que han experimentado ambos países. Durante los treinta años que se recogen en el libro (1888-1918), toda Europa atravesó una serie de cambios radicales a los que tanto España como Italia no fueron, ni mucho menos, ajenas. Muy por el contrario,

la España de la Restauración y la Italia en aquel momento recientemente unificada enfrentaron la modernización vertiginosa en la cultura y la sociedad dentro de un panorama político inestable que favorecía, dentro de la rápida relación del viajero, una inevitable comparación entre ambas situaciones.

La selección de las crónicas, ordenadas cronológicamente en el volumen, la conforma una muestra de algunos de los principales autores españoles (Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez; a los que habría que añadir al pintor Santiago Rusiñol), así como grandes nombres del periodismo que, en casi todos los casos, fueron también escritores de cierto reconocimiento (José Ortega Munilla, Carmen de Burgos, Eduardo Gómez de Baquero, Luis Bello) y, por último, algunos nombres menos favorecidos por la Historia literaria, cuando no, directamente relegados a la nota al pie de página (Federico Urrecha, Gregorio Iribas y Sánchez, José Sánchez Rojas, Emiliano Ramírez Ángel, José María Salaverría, Alfonso Pérez Nieva). Una convivencia de nombres que aporta un interés adicional en la lectura. Antecede a los textos recogidos una completa introducción a cargo de los editores, que presentan de forma sintética el contexto social e histórico en que se están escribiendo y destacan los temas principales que dan cohesión al conjunto, para mejor organización de las crónicas recogidas o, en su caso, los fragmentos de los libros en que luego serían publicadas.

Como señalan al comienzo, las similitudes entre el carácter español e italiano, así como la proximidad geográfica y la afinidad lingüística, favorecieron que el español percibiera a sus vecinos con una menor dosis de idealización que la que enfrentaba el viajero del norte y del centro de Europa, en su culminación del *Grand Tour*. Sin estar exentos de clichés, la nota específica de las crónicas españolas la aporta, en este sentido, la confrontación entre la realidad hispánica y la percepción de la Italia moderna que, lejos de considerarse como una alteridad, permite un «cara a cara» en el que los autores españoles ponderan similitudes y diferencias. El parecido de carácter y de costumbres entre ambas na-

ciones no asombra a ninguno y se convierte en una constante, especialmente en Nápoles, porque aunque «sigue siendo sucio y supersticioso», como cuenta Federico Urrecha a un amigo italiano, la respuesta es tajante: «restos de vuestra dominación» [2024: 138]. Pero la primera de las constataciones es la de los cambios atravesados por Italia en apenas unos años, tras su unificación, admirada por nuestros escritores como ejemplo de política y de convivencia, como le sucede a Galdós en 1888, interesado por su recién conquistada unidad. La impresión de Italia tras la visita a Turín, Milán o Roma en casi todos los casos es la de una nación plenamente moderna, industrial y «europeizada», gran palabra entre los autores españoles, con lo que de forma directa o indirecta están también refiriéndose a la política española; claro que, como era la costumbre, no se visitaban más ciudades meridionales que Nápoles, la cual, junto con Génova, hacía resentir esta opinión de progreso. Opiniones no exentas, a pesar de todo, de distorsiones: es el caso, por ejemplo, de Carmen de Burgos, que juzga duramente las masas humanas aglomeradas en el puerto de Génova olvidando, como sí nos recuerdan los editores del volumen, las condiciones materiales que forzaban la migración de miles de personas.

Como no podía ser de otra forma, arte y belleza –encarnados en Florencia y Venecia– son, además de los principales móviles del viaje a Italia, motivos de admiración casi extática, que dan paso a la vena más culturalista, romántica, o de simple aficionado por parte del cronista. Así le sucede a Rusiñol, con gran sentido del humor, o a Sánchez Rojas y Pérez Nieva, con gran sentido soñador. No obstante, tal y como se encargan de subrayar los editores, la idealización de la belleza y la contemplación sublime del legado artístico ahora se ven matizados por una realidad nueva: la del turismo. Este será, con toda probabilidad, uno de los puntos de mayor interés para un lector actual, dada la problemática del turismo masivo saturando las noticias y las conversaciones cotidianas con frecuencia cada vez mayor. No deja de ser llamativa, siquiera en lo anecdótico, la percepción de este fenómeno hace ya más de un

siglo, cuando España no era uno de los destinos demandados por la industria del turismo de masas entonces incipiente. La mercantilización de la cultura, la banalización de la obra de arte o la constante compañía tanto de otros turistas como de locales dispuestos a sacar rendimiento económico del visitante, conforman la nueva realidad del viajero, que debe ahora buscar la forma de escaquearse, cuando le es posible, para encontrar la soledad que necesita el placer contemplativo. A pesar de ello, la quietud pictórica de Venecia o «la seducción florentina», según la tilda Salaverría, reciben las descripciones más hermosas y evocadoras que pueden leerse en el volumen, cuando no hacían caer en el *Ubi sunt* de las glorias pasadas en contraste con la visión que brindaba la actualidad, como le sucedió a Blasco Ibáñez.

Los últimos capítulos están destinados a recoger algunas crónicas de escritores que acudieron al frente como corresponsales de prensa durante la Primera Guerra Mundial. A la dureza de los testimonios, se añaden notas de humanidad necesaria para poder concebir lo sucedido: es el caso de una tela bordada que observa Luis Bello y le recuerda, ya desde España, a la aldeana que le trajo una manta y un vaso de leche caliente. El encomio de las fuerzas italianas, de la legitimidad de su entrada en la guerra, y la impresión de los medios modernos –automóviles, aeroplanos– era preciso, pues no se puede olvidar el componente propagandístico en favor de los aliados que une a los tres autores escogidos (Luis Bello, Gómez de Baquero y Unamuno). Ante todo, prevalece la idea de la legitimidad de la lucha italiana, que es «un pueblo en armas que aplica a la lucha armada las artes de la paz» [2024: 333], sentencia Unamuno.

El volumen, en definitiva, presenta el acierto de congregar un interés a la par historicista, radicado en su presente; y plenamente vigente, siendo como son, en su mayoría, relatos de viajes no muy distintos a los que año tras año emprendemos nosotros mismos, movidos por la expectativa de paisajes, obras maestras o restos del pasado. Y enfrentando una realidad que, a veces, cumple sobradamente y, otras, choca con una marabunta de turistas cámara –o *smartphone*– en mano.